

La máquina de Piglia

José Gordon

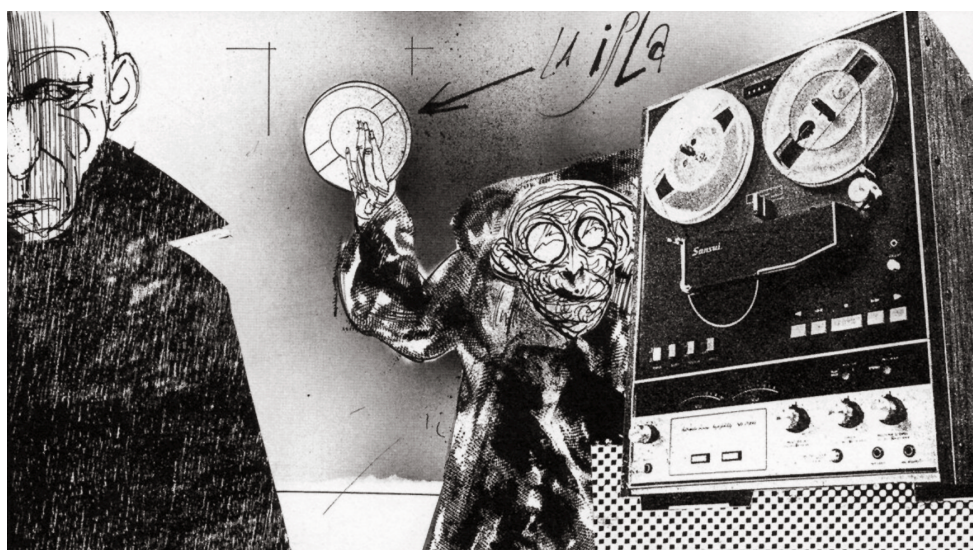
Emil Russo fue un ingeniero húngaro que emigró a Argentina. Escapó de los nazis y en 1956 se estableció en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Se había ganado la vida vendiendo pequeños artefactos que gozaban de cierta demanda en las ferreterías. Tenía un taller de reparación de radios y aparatos de televisión. En las noches se dedicaba a sus investigaciones científicas. Combinaba fórmulas matemá-

ticas y aplicaba las hipótesis y la lógica de Godel y Tarsky en las entrañas de un receptor de radio. Su ropero estaba lleno de cintas, voces grabadas y letras que captaba como ondas en el aire. Había creado una máquina que tenía la capacidad de sintonizar los recuerdos.

Un día se le acercó una persona para pedirle ayuda: su mujer se estaba muriendo. En una especie de pacto diabólico, el

inventor le construye un aparato para que la mujer siempre siga viva en el interior de ese nuevo cuerpo. Ella se vuelve una máquina productora de relatos, resguarda los recuerdos, protege también la memoria colectiva y la hace circular. Así, la máquina narra cómo el Estado se ha dedicado sistemáticamente no sólo a torturar a la gente para obtener información, sino, además, a someterla a un procedimiento mediante el cual pretende borrar su memoria. La máquina manifiesta resistencia al Estado y por eso la quieren desconectar. No se deja. Es una especie de Scherezada, que mantiene la vida mientras narra. Sin embargo, sufre una gran tragedia estructural: su amado está en sus recuerdos, pero él no previó que iba a morir y ella se quedaría sola, eternamente capturada en esa máquina, contando historias interminablemente.

Ésta es la máquina de Piglia —una máquina con la que todavía no sueña la ciencia— que rescata, según el novelista argentino, las formas invisibles del lenguaje del amor que se quedan grabadas en los huesos del cráneo. La hipótesis de Ricardo Piglia es que “estas formas siguen vivas y quizás es posible reconstruirlas y volver viva la memoria, como quien puntea en la guitarra una música escrita en el aire”. La novela *La ciudad ausente*, de Piglia, fue ilustrada por Luis Scafati y adaptada para una versión gráfica por Pablo de Santis (Libros del Zorro Rojo), en una espléndida amalgama entre el discurso literario y una obra plástica inquietante, al filo del insomnio, en busca de una máquina que aunque la tecnología aún no ha desarrollado, existe. Es la máquina de la literatura, la máquina de la memoria que rompe el discurso oficial y sintoniza lo que ningún aparato puede capturar: la resistencia de la belleza y la imaginación. **U**



Sintonizaba una región en donde se mezclaban todas las lenguas. Ahí se refugiaban los muertos



La máquina guardaba la memoria de una mujer frágil y delicada como la dicha